

# DAN BENINSON

*IN MEMORIAM*

Alberto E. Dojas

2013

El año 1973 ha quedado grabado en mi memoria por múltiples razones personales que se desarrollaron paralelamente al momento de cambio de la historia nacional que también trajo ese año. Una de ellas está directamente vinculada con la CNEA e, indirectamente, con mi primera referencia sobre Dan Beninson.

Yo tenía en ese entonces 19 años. En el comienzo de ese invierno viajé con mis padres a Bariloche. Una noche de agua nieve salí después de cenar a dar un paseo con el auto y en el camino al Llao Llao, cobijándose debajo de los árboles oscuros, me encontré con tres jóvenes que hacían “dedo”. Aminoré la marcha para ver quiénes eran y decidí parar. Eran tres estudiantes del Instituto Balseiro, esperando el colectivo. Para sorpresa de ellos, decidí llevarlos. La conversación durante todo el trayecto fue apasionante, porque me dieron respuestas sobre el plan nuclear que nunca nadie había podido responderme. Esa noche, me invitaron a tomar unos mates a sus dormitorios y se hizo la madrugada soñando con una Argentina diferente.

Fue en ese contexto que escuché las primeras referencias personales sobre toda una generación de hacedores del Plan Nuclear como Dan Beninson, Roberto Ornstein, Conrado Varotto u Oscar Quihillalt, a quienes conocía por los diarios y las revistas especializadas.

Durante los años de plomo, escuché a Dan en diversos eventos, en los que continuaba reivindicando la confianza en nuestras fuerzas, en la necesidad del desarrollo de las tecnologías de punta y en pensar el futuro por nosotros mismos. Esos encuentros eran un bálsamo en medio de la mediocridad y el desencanto.

Con el restablecimiento democrático y ya como funcionario de la Cancillería, participé de muchos encuentros en los que él estaba. Tuve la suerte de poder escuchar muchos de sus análisis y comentarios informales “para los amigos”. Dan estaba conven-

cido de que nuestro país necesitaba un Estado dotado de los más capaces; que la inteligencia, el conocimiento y la experiencia eran tan claves como la voluntad y que había que enviar a los funcionarios a formarse en las mejores universidades del mundo, como había sido su propio caso. Dan no era un nacionalista de lugares comunes y pensamientos simplistas, porque comprendía que la complejidad del sistema internacional era similar a la de la materia y el universo.

En cada una de esas ocasiones, seguí con complicidad –que a veces tuve que ocultar– sus batallas para que el Plan Nuclear Nacional siguiera adelante, a pesar de los detractores y los intereses en juego. Su pasión argentina aún me emociona. La fuerza que puso en realizar sus sueños sigue siendo un modelo para todos los que creemos que la Argentina volverá un día a sentarse en la mesa de los grandes países de la Tierra, un lugar del que nunca debiera haberse retirado.

Me dijo un amigo que lo conoció mucho: *“Un gran hombre. Un gran argentino. Un tipo “distinto”. Lloré cuando nos dejó. Gran tipo”*.

Viejo Dan: seguimos adelante!. La antorcha no sólo sigue viva, sino que ya la hemos pasado a nuevas generaciones: el sueño continuará. Gracias por todo...!!!.

